11379

Un club revolucionario

UN CLUB REVOLUCIONARIO.

COMEDIA EN UN ACTO,

ORIGINAL Y EN PROSA,

POR

D. José María Gutierrez de Alba.

Representada por primera vez en el teatro de la Comedia, en la noche del 31 de Diciembre de 1850, á beneficio de las actrices de la compañía.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los teatros del Reino en 11 de Diciembre de 1850.

MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Enero de 1851.

PERSONAS.	ACTRICES.
DOÑA RUPERTA. . . .	*Lorenza Campos.*
ELISA.	*Concepcion Alba.*
TERESA.	*Adela Guerrero.*
DON SEVERO.	*Antonia Gallardo.*
DON EUGENIO.	*Juana Samaniego.*
PERIQUITO.	*Josefa Hernandez.*
DON CARLOS.	*Amalia Gutierrez.*
UN COMISARIO DE POLICÍA.	*Isabel García.*
CABALLERO 1.° . . .	*Vicenta Sanchez.*
ID. 2.°.	*Bernardina Maldonado.*
VARIOS SALVAGUARDIAS. .	*Señoras de la compañía.*

La accion tiene lugar en Madrid, en casa de doña Ruperta, en uno de los dias próximos á Navidad.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad de sus editores los *Sres. Delgado Hermanos*, quienes perseguirán ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decretos Orgánico y Reglamentario de teatros de 7 de Febrero de 1849.

Acto único.

El teatro representa dos habitaciones divididas por un tabique: la de la izquierda del actor es un gabinete con dos camas, balcon á la izquierda y puerta en el fondo: la de la derecha es una sala de paso con una puerta á la derecha que da á las habitaciones interiores, y otra en el fondo que conduce á la calle. En la sala una mesa de juego, un armario, sillas, etc.: en el gabinete una mesita con recado de escribir y otros varios muebles.

ESCENA PRIMERA.

ELISA. TERESA.

Elisa. No hay en el mundo una persona mas desgraciada que yo, Teresa.

Teresa. Vaya, señorita, usted exagera mucho las cosas.

Elisa. Ponte tú en mi lugar y verás si soy desgraciada. Figúrate que amas á un hombre con todo tu corazon, que este hombre te corresponde, que cifras en él toda tu ventura, y que luego por un capricho intentan casarte con otro... á quien ni siquiera conoces.

Teresa. Pero todavía tiene remedio.

Elisa. Si mamá consultara en ello la felicidad de su hija, tal vez desistiera; pero Eugenio es pobre y el lugareño á que me destinan muy rico; y hoy el dinero lo puede todo.

Teresa. Pues el señorito Eugenio no es tampoco ningun descamisado. Este año concluye su carrera de medicina, y con eso solo puede atender á sus obligaciones.

Elisa. Todo eso estuviera muy bueno, si mamá no se hubiera empeñado en casarme con el otro, porque es

:

669051

sobrino y único heredero del labrador mas rico de Valdepeñas.

Teresa. Y qué dige será el tal manchego!

Elisa. Hazte cargo: un hombre que no ha salido nunca de un pueblecillo de provincia, qué educacion puede tener, ni qué felicidad puede dar á una jóven nacida y educada en la corte?

Teresa. Está claro.

Elisa. Pues ahí verás: mamá todo el dia me trae mareada hablándome de don Severo y de su sobrino, que traerá como don Frutos el pelo de la dehesa; y que, para ser completo en todo, hasta se llama Perico, nombre antipoético, antielegante y hasta antipático.

Teresa. Perico!

Elisa. Y como mamá no ha de casarse con él, y quiere pagar á su tio no sé qué servicios prestados á mi familia en otro tiempo, no le importa que su hija se sacrifique.

Teresa. Eso es una atrocidad.

Elisa. Lo es. Y sobre todo, que he ofrecido á Eugenio consagrarle mi amor hasta la muerte, y solo con él puedo ya ser dichosa. Lo que siento es que de un momento á otro llegará ese buen señor con su estrafalario sobrino, y Eugenio, que nada sabe... (*Se oye una tos dentro.*)

Teresa. Ahi lo tiene usted. Sale ahora de San Carlos, y tóse para que usted le oiga. (*Teresa sale por la puerta derecha y vuelve al instante.*)

Elisa. Qué ageno estará de lo que pasa!

Teresa. En efecto era él; le he dicho que suba...

Elisa. Pero...

Teresa. Nada; su mamá de usted no esta ahí, ha salido á comprar no sé qué cosas, y tardará un rato. Pobre don Eugenio! Usted debe contárselo todo, que acaso él encuentre un medio para salir del apuro. Voy á abrirle. (*Vase por el foro y vuelve con él.*)

ESCENA II.

DICHAS. DON EUGENIO.

Elisa. Si mamá viniera, buena la habiamos hecho.

Eugenio. Mi sol, mi encanto, mi gloria, Elisa mia... á

qué debe este futuro Hipócrates placer tan inefable, dicha tan inesperada?

Elisa. Ay Eugenio!

Eugenio. Cómo! Tus glándulas lacrimales acaban de ejercer con esceso sus funciones; la epidermis de tu divino rostro está mas encendida que de costumbre; tu voz apenas puede pasar de la laringe... Qué tienes, idolo mio, qué tienes?

Elisa. Soy muy desgraciada.

Eugenio. Pero tus padecimientos son morales ó físicos? Habla. Quiero conocer el estado patológico de tu corazon; quiero formar el diagnóstico del mal que te aqueja para determinar el plan curativo que debe adoptarse.

Elisa. No te chancees, Eugenio, no te chancees, que es muy serio lo que tengo que decirte.

Eugenio. Acaba.

Elisa. Mamá quiere casarme.

Eugenio. Cielos! Y con quién?

Elisa. Con un jóven de Valdepeñas que debe llegar hoy con su tio.

Eugenio. Caigan sobre él todas las pulmonias de Enero! Dónde está, dónde está ese desventurado? Quiero hacerle tragar un cuartillo de ácido prúsico; quiero vengarme de su atrevimiento, sometiendo á mi visturí la autopsia de su cadáver.

Elisa. Eugenio, basta ya de locuras. Si me amas, es preciso que trates de evitar ese matrimonio, que me haria muy desgraciada, y me llevaria en poco tiempo á la sepultura.

Eugenio. Eso me toca á mí. Veamos los recursos con que podemos contar, y manos á la obra. Es jóven?

Elisa. Dicen que sí.

Eugenio. Bueno: yo tambien lo soy. Guapo? es decir, asi como si dijéramos?...

Elisa. No le conozco.

Eugenio. Pues á mí si: en eso llevo ventaja. Rico?

Elisa. Ah! si, eso si, dicen que es muy rico.

Eugenio. A Dios! Elisa, estoy por desahuciarme.

Elisa. Nada valen para mí las riquezas.

Eugenio. Pero valdrán mucho para tu madre.

Elisa. Y eso qué nos importa?

Eugenio. Es verdad, nada, si tú estás decidida á cumplirme tus juramentos.

Elisa. Ingrato! Y podrás dudarlo?

Eugenio. No, hermosa mia; y en prueba de que no lo dudo, déjame estampar un beso en el metacarpo de tu mano divina.

Elisa. (*Abandonándosela.*) Siempre el mismo!

Eugenio. Siempre, porque siempre te adoro, y estoy dispuesto á dar por tí desde la primera gota de sangre que corre por mis arterias hasta la última que circula por mis vasos capilares.

Elisa. Con que vamos, qué medio propones para salir de este apuro?

Eugenio. (*Despues de reflexionar un poco.*) A grandes males, grandes remedios. Pero antes... Di, cederá tu madre si yo le pido tu mano?

Elisa. Imposible: está empeñada en consumar mi sacrificio.

Eugenio. Es verdad: para una madre no es dudosa la eleccion entre un pretendiente rico y otro que padece por desgracia una sindineritis crónica.

Elisa. Estan para llegar de un momento á otro, y...

Eugenio. No hay mas que un medio.

Elisa. Cuál?

Eugenio. Una amputacion. Como si dijéramos una medicina homeopática.

Elisa. No te entiendo.

Eugenio. Similia similibus curantur.

Elisa. Y qué quiere decir todo eso?

Eugenio. Que ellos quieren robarme tu amor y mi ventura, y yo quiero robarles la prenda sobre que tratan de ejercer los derechos de la fuerza bruta. No lo digo por tu madre.

Elisa. Qué es lo que dices?

Eugenio. Que si no hay otro remedio, te arrancaré de esta casa, te llevaré á la de mis padres y les diré: ahí teneis otra hija. Ellos te acojerán con los brazos abiertos, yo concluiré mi carrera y te conduciré al pie del altar en premio de tu constancia. Asi te libraré de tus opresores, de la muerte tal vez, y principiaré desde ese dia á ejercitar mis facultades físicas y morales en beneficio de la humanidad doliente.

Teresa. (*Que de vez en cuando se asoma á la ventana.*) Dios mio! Ahi viene la señora.

Elisa. Ah! Qué haremos?

Eugenio. Un fatal accidente en el momento crítico!

Elisa. Dónde se esconde?

Teresa. Aqui, en el armario. Yo le haré salir luego, sin que nadie le vea.

Elisa. Dices bien. Eugenio...

Eugenio. (*Dirigiéndose al armario.*) (Oh fregatriz incomparablemente precavida!) (*Entra, y Teresa cierra. Al mismo tiempo se oye la campanilla. Teresa se dirige á abrir la puerta, y Elisa hace ademan de arreglar los muebles.*)

ESCENA III.

ELISA. TERESA. DOÑA RUPERTA.

Elisa. Bien lo temia yo: si mamá llegara á descubrirlo!

Ruperta. A Dios, hija mia. (*Sigue haciendo lo que indica el diálogo.*)

Elisa. Hola, mamá. Ignoraba que habia usted salido, hasta que Teresa...

Ruperta. Sí, hija mia, sí, he salido para traerte un regalo. Y qué frio hace! Teresa, toma la mantilla y métela en mi cómoda. Qué frio traerán el pobre de don Severo y su sobrino. Y ya no tardarán en llegar mas que media hora; porque son las seis, y á las seis y media llega el coche. Crees que no? Lo traigo andado todo; pregunté en la oficina de las Peninsulares, y me han dicho que la diligencia llega á esa hora, y luego... he andado todo Madrid para buscar estos adornos. (*Destapando una caja que trae.*) Mira, este encarnado para tí, que como eres blanquita te sentará bien; y para mí este negro, que á nosotras ya no nos sientan mas que los colores oscuros. Ven, ven acá, Elisita, que quiero probártelo. (*Lo hace.*) Asi; qué hermosa estás, hija de mis entrañas! (*Llorando.*) Si tu papá te viera, tanto como te queria!

Elisa. No se aflija usted.

Ruperta. Es verdad, no es tiempo ahora de afligirnos, sino de pensar en la suerte que nos aguarda. Y Peri-

quito... Di, hija, no te acuerdas tú de Periquito?

Elisa. No señora.

Ruperta. Aquel chico tan travieso, que le quitaba la espada á tu papá para jugar con ella...

Elisa. No señora.

Ruperta. Que tiraba piedras á la ventana del señor cura...

Elisa. No señora.

Ruperta. Que era tan glotón, que te quitaba los albaricoques y se los comia todos; que te rompia las muñecas, y... angelito!

Elisa. No, no señora. No me acuerdo de ninguna de esas gracias.

Ruperta. Qué memoria tienes, niña! Vaya, y de don Severo? De ese sí te acordarás... Don Severo... aquel señor tan gordo y tan frescote, que tenia tanto miedo á los facciosos... el que salvó la vida á tu padre, escondiéndolo en la bodega. (*Llora.*) Quién le habia de decir que al cabo de doce años habia de morir en situacion de reemplazo, sin poderle cumplir á don Severo la palabra que entonces le dió de casarte con su sobrino! Pero á fé que está aqui su esposa, que cumplirá por él la promesa. Es verdad, hija mia? Pero no te acuerdas tú de don Severo, ni de Periquito?

Elisa. Le digo á usted que de nada me acuerdo.

Ruperta. Eras tan chiquita! Hija de mi alma, qué feliz vas á ser con tu matrimonio! Un niño que no está viciado; que no es como los mequetrefes del dia, y sobre todo tan rico. Ya ves, estamos solas en el mundo, como quien dice. Tu hermano no tiene mas que seis años, y es preciso darle carrera. Yo, pobre viuda de un coronel, no podria atender á todos los gastos con una paga que nos dan, cuando Dios quiere. Tú serás rica, y cuidarás de su adelanto.

Elisa. Mamá!...

Ruperta. Comprendo: no quieres que hablemos de estas cosas. Hija de mi alma, qué corazon tiene! Anda á mirarte al espejo, verás qué bien te sienta ese adorno. Pero se me olvidaba. Teresa. (*Llamando.*)

Teresa. Estoy aqui, señora.

Ruperta. Y tu primo?

Teresa. Quedó en venir á la hora que le dije.

Ruperta. Es listo?
Teresa. Muy listo, si señora.
Ruperta. Y buen muchacho?
Teresa. Escelente: no porque sea mi primo, pero...
Ruperta. Bien está. Si no viene pronto, es preciso que vayas á avisarle, que á las seis y media esté en el parador; que pregunte por don Severo Mata, y le diga que es el criado de confianza que yo le envio. Estos señores antiguos tienen unas rarezas! Suponte, hija mia, que como no ha salido nunca de su pueblo, me encarga que le busque un criado listo que los acompañe por todas partes, á fin de que no les den un chasco. Ya se ve; en provincias se exageran tanto las trapisondas de Madrid... y no porque falten; pero el buen señor cree que en cada casa hay un soto de ladrones, y que en cada esquina se fragua una conspiracion; y como él es tan timorato... Teresa, se arregló el cuarto de esos caballeros?
Teresa. Sí señora; ya estan puestas las dos camas.
Ruperta. Ya se ve; el cuarto es tan reducido y tiene tan pocas habitaciones, que ha habido que poner á los dos en un mismo gabinete. Dentro de algunos dias ya será otra cosa. (*A Elisa.*) Es verdad, picarilla? Mira que quiero que los trates con mucha dulzura, porque al fin han de ser...
Elisa. (Dios mio!)
Ruperta. Ea; yo voy allá dentro á arreglar algunas cosillas para recibir á los viajeros. Anda, vé tú mientras á ataviarte; y tú, Teresa, sin perder tiempo, corre á avisar á tu primo, no se encuentren solos al apearse de la diligencia. (*Vase por la puerta de la derecha.*)

ESCENA IV.

ELISA. TERESA. EUGENIO.

Elisa. Jesus, qué susto tan grande he pasado!
Teresa. Salga usted ya, señorito.
Eugenio. Elisa, nos hemos salvado.
Elisa. Qué dices?
Eugenio. Que estamos ya fuera de peligro.
Elisa. No te entiendo.

Eugenio. La crisis es favorable á nuestro cariño. Creo que no tendremos que acudir á recursos violentos. Lo he escuchado todo desde el armario, y he formado mi plan infalible y seguro. Descansa, pobre tórtola mia. Yo velaré por nuestro amor y nuestra ventura; yo seré el Argos que guarde constantemente el Vellocino de mi Elisa encantadora.

Elisa. Habla una vez siquiera de modo que yo pueda entenderte.

Eugenio. Es verdad que las hipérboles y metáforas son mi sabrosa comidilla. Desciendo, pues, al lenguaje familiar, y te pronostico que el respetable don Severo y el eliogábalo de Periquito se volverán á Valdepeñas muy pronto, y renunciando á la boda proyectada.

Elisa. De veras?

Teresa. No se lo dije á usted, señorita? Mire usted si hicimos bien en avisarle.

Elisa. Esplicate.

Eugenio. Sí, Elisa: abandonarán á Madrid, y tomarán las de Villa-Diego hácia la tierra bendita por el dios Baco, gracias á la incomparable sagacidad de este Galeno en perspectiva. La fiebre desaparecerá con solo administrar á los susodichos un buen par de laxantes sui generis.

Elisa. Eugenio, mira no sea que mamá vuelva, y...

Eugenio. Tienes razon: es preciso no perder el tiempo con paliativos. Di, Teresa, conoce doña Ruperta á tu primo?

Teresa. No señor, no le ha visto nunca.

Eugenio. Bueno; esa es una gran ventaja.

Teresa. Por qué?

Eugenio. Es preciso que le avises al instante que no vaya al parador de diligencias.

Teresa. Pues quién ha de ir á esperar á don Severo?

Eugenio. Yo. Desde ahora me constituyo en pariente de la amabilísima Teresa. Cómo se llama tu primo?

Teresa. Gaspar.

Eugenio. Pues bien, desde este momento soy tu primo Gaspar, que vuela al parador de las diligencias Peninsulares á ponerse á las órdenes de don Severo Mata, rico propietario de Valdepeñas.

Elisa. Ahora comprendo; pero mira no vayas á esponerte.

Eugenio. Estoy seguro del buen éxito de mi receta. (*A Teresa.*) Con que avisarás á tu primo?

Teresa. Al instante. Qué no haria yo por mi señorita!

Elisa. (*Abrazándola.*) Qué buena eres!

Eugenio. (*A Elisa, besándole la mano.*) A Dios, encanto mio, á Dios. Entraré Gaspar, criado de don Severo Mata, para salir Eugenio, esposo de mi adorada Elisa.

Elisa. A Dios.

Eugenio. Teresa, sigue á tu nuevo primo. (*Vanse.*)

ESCENA V.

ELISA. *Despues* DON CARLOS.

Elisa. Este Eugenio tiene tanta travesura, que no dudo que consiga su intento. Verdad que es un poquillo tronera, pero no importa: todavía es muy jóven, y... me ama tanto! Sin él, qué felicidad me espera en el mundo? ninguna. Nadie como él conoce mis deseos, nadie como él puede hacerme dichosa.

Carlos. Señorita...

Elisa. Ah! Señor don Carlos, muy buenas tardes.

Carlos. Y mamá?

Elisa. Está allá dentro: voy á llamarla.

Carlos. No tan pronto. Pudiera conocer la agitacion que usted esperimenta, como yo la he conocido, y eso tal vez pudiera perjudicar...

Elisa. Si yo no estoy agitada.

Carlos. Con que hoy debe llegar el prometido manchego?

Elisa. Señor don Carlos...

Carlos. Vamos, y se casará usted con él de buena gana?

Elisa. Mamá se empeña...

Carlos. Pero usted preferiria mejor á otro; por ejemplo, á uno que en este momento se llama Gaspar, y dentro de poco será...

Elisa. Con que usted lo sabe todo! Por amor de Dios, señor don Carlos, que mamá no se entere.

Carlos. Descuide usted. Eugenio se ha confiado á mí: es

buen muchacho, y me gusta mucho proteger á los amantes perseguidos contra la tiranía de los padres.

Elisa. Ah! es usted un angel, á quien el cielo envia para salvarnos!

Carlos. Haré lo que pueda.

Elisa. Dios mio, qué felicidad!

Carlos. Mamá llega: conviene que disimulemos.

ESCENA VI.

DICHOS. DOÑA RUPERTA.

(*Esta con un candelero encendido.*)

Ruperta. Muy buenas noches, señor don Carlos.

Carlos. Muy buenas, señora. Está usted muy atareada.

Ruperta. Qué quiere usted; hoy llega don Severo con su sobrino, y...

Carlos. Con que hoy es el dia grande?

Ruperta. Cómo, se burla usted de las pobres!

Carlos. No por cierto; y me alegraré mucho de hacer tan agradable conocimiento.

Ruperta. Son unos pobres lugareños; pero tienen un corazon escelente.

Carlos. Me alegro mucho. Esta noche, por lo que veo, no tendremos nuestro rato de tresillo.

Ruperta. Por qué no? Vendrán cansados del viaje, y luego que se acuesten, pasaremos el rato como de costumbre.

Carlos. He dejado en el café á los otros dos tercios, y me aseguraron que vendrian mas tarde.

Ruperta. De todos modos, me alegraré de poder presentar á ustedes los dos nuevos personages que pronto formarán parte de mi familia.

Carlos. Muy en hora buena.

Ruperta. Pero niña, todavia no te has vestido?

Elisa. Mamá, ya es de noche, y estoy bien asi. No es verdad, señor don Carlos?

Carlos. Perfectamente. Esta señorita no ha menester los adornos del arte, cuando tantos debe á la naturaleza.

Elisa. Muchas gracias.

Ruperta. Favor que usted le hace. Pero estaria mejor... En fin, si es su gusto, yo no quiero violentarla. Calle usted; ya creo que estan ahí, porque se siente ruido en la escalera. (*Se asoma.*) En efecto, aquí estan. (*Se dirige á abrir la puerta.*)

ESCENA VII.

ELISA. DON CARLOS. *Luego* DOÑA RUPERTA. EUGENIO, *en trage de criado.* DON SEVERO. PERIQUITO. TERESA.

(*Don Severo con el trage de su provincia; Periquito con levita y sombrero de moda muy atrasada: hace cortesías ridículas á cada momento. Cada uno de los tres lleva un cántaro.*)

Carlos. Buen ánimo, señorita. Mucha serenidad, y nada de turbarse.

Ruperta. Válgame Dios, y cuánto tiempo nos han hecho ustedes aguardar su llegada! (*Entrando.*) Elisita, hija mia, aquí tienes al señor don Severo y á su sobrino. Qué guapo mozo, Dios le bendiga!

Severo. Buenas noches. (*Periquito hace una ridícula cortesía.*)

Elisa. Muy buenas.

Ruperta. (*Mirando los cántaros.*) Pero qué es eso?

Severo. Nada... unos cantarillos de arrope. Este año ha habido mucho, y como se habia de tirar... dijimos, mas vale llevarlo á doña Ruperta, que no le sabrá mal en estas pascuas.

Elisa. (Buena fineza!)

Ruperta. (Dios mio! y don Carlos que lo está observando!)

Severo. Con que esta es la chica?

Ruperta. Muy servidora de usted.

Severo. No es maleja, pero está algo canija. Qué comen por aquí las muchachas? (*Elisa hace un gesto de desagrado. Don Carlos, no pudiendo contener la risa, trata de disimular retirándose al proscenio como para examinar un cuadro. Eugenio trata de componer á Periquito el cuello del levita, haciéndole adoptar posturas estravagantes.*)

Ruperta. Este don Severo siempre de buen humor!
Severo. (*A Perico.*) Vamos, te gusta la novia?
Perico. Si señor. (*Ap. á don Severo.* Pero me gusta mas la hija de la tia Melchora, porque está mas rolliza.)
Severo. (*Id.* Calla. Ya te he dicho que no hables mientras no te pregunten.)
Perico. Si señor. (*Teresa habla aparte con Eugenio.*)
Severo. (*A Perico.*) Vamos, no le traes ahí tu regalo?
Perico. Si señor.
Severo. Y aun no se lo has dado?
Perico. No señor.
Severo. Pues vaya, dáselo para que se alegre.
Perico. Si señor. (*Saca del bolsillo unas enormes ligas envueltas en un papel, las desenvuelve y entrega á Elisa.*)
Elisa. No, muchas gracias: aqui no se acostumbra...
Severo. Vamos, tómalas, que son bien buenas.
Ruperta. Vamos, tómalas, muger.
Elisa. (*Tomándolas.*) (Qué afrenta!)
Ruperta. Señor don Carlos, ruego á usted que nos disimule, si...
Carlos. Señora, á mí me conmueven en estremo las escenas de familia, y ruego á usted me permita retirarme.
Ruperta. Tan pronto?
Carlos. Tendré el gusto de volver luego con los amigos de la partida. (*Don Severo fija la atencion en esta última palabra, espresándolo con un gesto.*)
Ruperta. Cuando usted guste.
Carlos. Hasta luego. (*Vase.*)
Ruperta. Hasta luego. (*A Teresa.*) Anda á alumbrar al señor don Carlos, y no vuelvas hasta que yo te llame.
Teresa. Está muy bien. A Dios, primo. (*Vase.*)
Eugenio. A Dios.

ESCENA VIII.

ELISA. DOÑA RUPERTA. DON SEVERO. DON EUGENIO. PERIQUITO.

Ruperta. Ven acá, ven. Con que tú eres el primo de Teresa?

Eugenio. Servidor de usted.

Severo. Eso sí, muy bien hablado. Es un muchacho escelente. Ha tenido usted buena eleccion, doña Ruperta. Es muy listo. Ya nos ha venido esplicando por el camino las muchas trapisondas que hay en la corte. Es buen muchacho, y le he ofrecido regalarlo bien, antes de marcharme á Valdepeñas.

Ruperta. Mira, vete allá dentro con tu prima, que tenemos que hablar.

Severo. No importa. Que se siente ahí en una silla por si se ocurre algo. Siéntate, Gaspar.

Ruperta. Pero ustedes tambien, que estarán cansados del viaje...

Perico. Sí señora.

Severo. Tal cual. Esas malditas diligencias corren tanto, que nos han molido los huesos. Y eso que vinimos en la berlina de atrás, que como es la última, va mas despacio. Chico, acerca unas sillas. (*A Eugenio.*) Ve usted? (*A doña Ruperta.*) Siempre es bueno tener un criado á quien mandar las cosas. (*Se sientan.*)

Ruperta. Vaya! Con que este es aquel Periquito tan travieso y tan?...

Perico. Sí señora.

Severo. El mismo. Desde que ustedes se vinieron de Valdepeñas, empezó á crecer, á crecer... y ya ve usted el cuerpo que ha echado. (*Perico se pone de pie un momento y luego vuelve á sentarse.*)

Ruperta. Está un mozo arrogante.

Severo. Al principio se atontó un poco. Todos creiamos que iba á ser un zopenco; pero luego se ha espabilado, y... no, no le engañarán como quiera. (*Periquito manifiesta una sonrisa de complacencia.*) Es verdad, Perico?

Perico. Sí señor.

Severo. Ya verá usted, en tomando un baño de la corte, apostárselas hasta con el Preste Juan de las Indias. Eso sí, él es muy vivo y aprende las cosas en un vuelo. El Dómine del lugar se empeñó en enseñarle gramática, y en menos de tres años ya sabia el qui viri qui como el padre nuestro; y si no le hubiéramos quitado tan pronto de los estudios, hubiera llegado hasta susmanculis susmantibus, los gelitongos y otras mil

sabidurías que el Dómine queria enseñarle. Es verdad, Perico?

Perico. Si señor.

Severo. Pero luego le dije yo: «á qué quieres quebrarte la cabeza con esos latines? Cuando yo me muera, te queda un caudal que pasa de veinte mil duros, y no necesitas á nadie.» Y el muchacho comprendió la verdad de lo que yo le decia, y se paró en la mitad de su carrera. Es verdad, Perico?

Perico. Si señor.

Ruperta. Dice usted muy bien. Él es dispuesto, y cuando lleve algun tiempo de estar en la corte y á nuestro lado, perderá esas maneras tímidas y... pues, que se adquieren necesariamente en un pueblo donde no hay trato. Es asi, Periquito?

Perico. Si señora.

Ruperta. (*A Elisa aparte.*) Niña, di alguna cosa; que parece que te has quedado muda.

Elisa. Mamá, estoy un poco mala y quisiera retirarme á mi cuarto.

Severo. Dice muy bien. Nosotros tambien estamos cansados y no nos vendria mal tender estos cuerpos donde los encontremos por la mañana. Es verdad, Perico?

Perico. Si señor.

Ruperta. (*Llamando.*) Teresa, Teresa.

ESCENA IX.

DICHOS. TERESA.

Teresa. Aqui estoy, señora.

Ruperta. Pero antes de acostarse querrán ustedes tomar alguna cosa.

Severo. No señora: nos hemos zampado cada uno medio queso antes de salir de la diligencia. Es verdad, Perico?

Perico. Si señor.

Ruperta. En ese caso no quiero instarles.

Severo. Mañana hablaremos de nuestro asunto.

Ruperta. Muy bien; y esta noche á acostarse tempranito para descansar del viaje.

Severo. Ustedes no se acuestan todavía?

Ruperta. No señor; es muy temprano. Tengo una partitida pendiente, y es preciso acabarla esta noche.

Severo. (*Encogiéndose de hombros.*) Como usted quiera.

Ruperta. Teresa, acompaña á estos caballeros á su habitacion. Estrañarán ustedes la cama?

Perico. No señora.

Ruperta. (*A Teresa.*) Mira, á tu primo que se acueste en el cuarto del comedor.

Severo. Mejor estará allí con nosotros. Nada, que se la pongan en nuestro cuarto por si se ocurre algo á media noche. Siempre es bueno tener á quien mandar las cosas.

Ruperta. Pero todos juntos?

Severo. Todos somos hijos de Dios.

Ruperta. Como usted guste. Mira, Teresa, haz lo que el señor don Severo manda.

Severo. Ea, buenas noches. (*Perico hace una cortesía.*)

Ruperta. Muy buenas. Que ustedes duerman bien y descansen.

Severo. (*Al salir.*) Niño, has dado las buenas noches?

Perico. Si señor.

Eugenio. (*Aparte á Elisa al salir.*) Animo, Elisa: la medicina surtirá su efecto. (*Vanse.*)

ESCENA X.

DOÑA RUPERTA *y* ELISA, *en la sala.* DON SEVERO, DON EUGENIO, PERIQUITO *y* TERESA, *en el gabinete.*

Elisa. Pero, mamá, aun formará usted empeño en casarme con un ente tan estraordinario?

Ruperta. Ya verás, en estando un mes á nuestro lado, cómo no lo conoce ni su propio tio.

Elisa. Si, principie usted por enseñarle á hablar, como si fuera una cotorra.

Severo. Ajá! pues si este es un cuarto de príncipe. No es verdad, Perico?

Perico. Si señor.

Severo. Vamos, hombre, habla ya, habla; que no hay gente delante.

Perico. Ahora no quiero hablar, que tengo sueño.

Severo. Pues ahí tienes tu cama. Vas á echarte vestido?

Perico. Sí señor. (*Lo hace.*)

Ruperta. Vaya! Pues no faltaba mas! Por los caprichos de una tontuela no ha de dejarse de complir la voluntad de un padre, ni de hacerse la felicidad de una familia.

Elisa. Si mi papá viviera, no me obligaria á hacer tan grande sacrificio.

Ruperta. Ea, calle el arrapiezo y no me venga con sus bachillerías. Tu madre lo quiere, y ella sabe mejor que tú lo que te acomoda.

Elisa. Quisiera retirarme á mi cuarto.

Ruperta. Pues! quiere usted dejar á su mamá sola; quiere usted que cuando don Carlos y los otros señores vengan, la echen á usted de menos, y lo atribuyan... á lo que es efectivamente? Tome usted su labor, y siéntese aquí á mi lado, que cuando yo me acueste se irá usted tambien á la cama.

Elisa. Mamá! (*Llora.*)

Ruperta. Vamos, no llores. Pobrecita mia! no sabes tú que tu mamá lo que quiere es que seas dichosa? (*La besa.*) Siéntate aquí junto á mí. Ay! si tu papá te viera, qué alegre se pondria, porque vas á cumplir sus mandatos sin repugnancia. Mira, hija mia, ya procuraremos que Periquito se civilice un poco, antes de que la union se verifique. Conozco que ahora no te agradarán sus maneras; pero ya ves lo comedido que es en sus palabras... Y sobre todo que no es un niño picardeado de los del dia. Tendrás en él un esposo sumiso, y no conocereis nunca las reyertas de esos matrimonios en que interviene solo el amor, que en los mas dura menos que el pan de la boda.

Teresa. Les falta á ustedes algo?

Severo. Que te largues para estirar las piernas.

Teresa. A Dios, primo. (*Pasa del gabinete á la sala.*)

Eugenio. A Dios.

Ruperta. En fin, mañana será de dia y te parecerá otra cosa. Aquí está Teresa. Se han acostado?

Teresa. Sí señora. (*Ap.* Diré yo como el bueno de Periquito.)

Ruperta. Pues pon en medio esta mesa, las luces y la baraja, que ya vendrá don Carlos con los otros caballe-

ros. (*Teresa hace lo que doña Ruperta le indica: entre tanto esta y Elisa se sientan á hacer labor.*)

Severo. (*A don Eugenio.*) Con que en Madrid hay tantas trapisondas?

Eugenio. Está llena la corte de trapisondistas. Como que aquí viene el peor de cada pueblo, y de cada pueblo el peor de cada casa. Aquí cabe todo.

Severo. Oye, y se dice algo de revoluciones? Yo les temo mucho á las revoluciones. En Valdepeñas nunca ha habido ninguna; pero cuando andaban por allí los facciosos no ganábamos para sustos. Yo estaba casi siempre metido en la bodega.

Eugenio. Pues aquí... nunca falta quien quiera turbar el orden público; pero la policía anda muy lista, y al que me atrapan... ya, ya. Dios nos libre.

Severo. Yo no sé qué gana tienen esas gentes de meterse donde no suele ser muy buena la salida.

Eugenio. Ahí verá usted; y que á veces suelen pagar justos por pecadores.

Severo. Esas tenemos?

Eugenio. A veces es suficiente ser amigo ó conocido de un conspirador para que le echen á uno la mano, por aquello de que... dime con quien andas te diré quién eres.

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* TERESA. *Luego* DON CARLOS *y* CABALLEROS 1.° *y* 2.° *que entran en la sala.*

(*Se oye la campanilla. Teresa se dirige á abrir la puerta. Don Carlos y los Caballeros despues de saludar, se sientan á la mesa de juego con doña Ruperta, segun indica el diálogo. Elisa sigue haciendo su labor; Periquito duerme, y don Eugenio y don Severo figuran hablar por lo bajo.*)

Carlos. Ya estamos aquí, señora.

Caballeros 1.° y 2.° Muy buenas noches.

Ruperta y *Elisa.* Felices.

Carlos. Somos puntuales, y venimos á continuar nuestro tresillo interrumpido.

Ruperta. Sea en buen hora. Aquí tengo el papel de las puestas para que no se olviden. (*Saca un papel del cajon y lo pone sobre la mesa, haciendo lo mismo con los tantos que don Carlos reparte entre los cuatro jugadores.*

Severo. Con que todo eso pasa en la corte? Ya me pesa haber venido.

Eugenio. Las cosas estan muy malas, y yo no se lo hubiera aconsejado.

Ruperta. Estamos ya listos?

Carlos. A mí me toca dar, porque anoche quedó en este caballero. (*Don Carlos distribuye las cartas: siguen haciendo que juegan, mientras hablan don Severo y don Eugenio.*)

Severo. Oye, se me olvidaba preguntarte una cosa.

Eugenio. Qué?

Severo. Dime, qué partida era esa de que hablaba doña Ruperta?

Eugenio. (*Hace ademan de haber concebido una grande idea, y despues dice con mucho misterio:*) La... partida, eh?... No es nada.

Severo. (*Con algun sobresalto.*) Cómo que no es nada? Algo hay, cuando tú me contestas con ese misterio.

Eugenio. Habrá sido por casualidad. Yo... vamos, no sé qué partida es esa.

Severo. Gaspar, mira que me fio de tí.

Eugenio. Hace mucho tiempo que conoce usted á doña Ruperta?

Severo. Ya hace doce años.

Eugenio. Y desde entonces?...

Severo. No la he vuelto á ver hasta ahora.

Eugenio. Pues señor... Vamos, no sé nada de la partida.

Severo. No te creo.

Eugenio. Su marido dicen que fue algunas veces conspirador; pero esas serán habladurías del barrio. Nunca faltan malas lenguas que aseguran lo que no han visto.

Severo. (*Mas sobresaltado.*) Con que dicen que su marido era conspirador!

Eugenio. Sí señor; pero á mí no me crea usted por mi palabra.

Severo. Pero... y la muger? Conspira tambien doña Ruperta?

Eugenio. Doña Ruperta... En fin, yo no quiero meterme en nada.

Severo. Mira, Gaspar, soy bastante rico para comprarte un secreto que puede evitarme una desgracia. Tú eres un buen muchacho, en la cara se te conoce; tienes buenos sentimientos y no querrás que nos suceda algun fracaso. Qué partida es esa, Gaspar? Qué partida es esa, que desde que la oí nombrar no me sienta la ropa en el cuerpo?

Eugenio. Yo... conozco que es usted un hombre de bien, que no me comprometerá por lo que le diga, pero le debo á doña Ruperta muchos favores; mi prima come el pan en su casa hace muchos años... y si yo le dijera á usted todo lo que por ahí se cuenta...

Severo. Gaspar, Gaspar, te lo pido por lo que mas quieras en el mundo.

Eugenio. Me promete usted no decirle á nadie una palabra?

Severo. Te lo prometo.

Eugenio. Usted hará el uso que quiera de lo que voy á decirle; pero que no sepa nunca doña Ruperta que yo...

Severo. Descuida: guardaré el secreto como si lo dijeras en un confesonario.

Eugenio. (*Fingiendo mucha cautela.*) Pues bien: ya sabe usted que aquí llaman un club á una reunion ó una partida de conspiradores.

Severo. Sí, sí.

Eugenio. En el barrio hay quien diga... pero á mí no me lo crea usted por mi palabra.

Severo. Y qué dicen? Acaba, hombre, qué dicen?

Eugenio. Que en casa de doña Ruperta... se reune un club revolucionario.

Severo. (*En la mayor agitacion.*) Dios mio, amparadme! Bien hacia yo en no querer venir á este infierno! Mira, Gaspar, ahora mismo nos vamos á una posada. No quiero pasar la noche donde se corren tantos peligros.

Eugenio. Silencio: mire usted que pueden escucharlo, y entonces se pierde todo.

Severo. Y qué hacemos?

Eugenio. Esperar á mañana; y cuando amanezca, sin decir á nadie una palabra, tomamos el camino.

Severo. Dices bien. Maldito sea mi viaje, maldita sea la boda... y maldito el momento en que se me ocurrió venir á la corte! Gaspar, cierra la puerta y atráncala bien con sillas y con... todo cuanto halles á mano; que antes he sentido entrar alguna gente, y sin duda son los conspiradores. (*Eugenio va á cerrar la puerta.*)

ESCENA XII.

DICHOS. TERESA, *apresurada.*

Teresa. Señora, señora, el niño no quiere acostarse, ha cojido el tambor, se ha empeñado en tocarlo y va á despertar á esos caballeros.

Ruperta. Pues anda y quitaselo con algun engaño. Los niños son capaces de impacientar!... (*Vase Teresa.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, *menos* TERESA.

Severo. Has cerrado bien?

Eugenio. No hay miedo que entren.

Severo. Ay, Gaspar, qué favor tan grande me has hecho! No lo olvidaré nunca, y te gratificaré como corresponde.

Eugenio. Yo no lo hago por la gratificacion, sino porque me parece usted un hombre honrado, y me da lástima de que le suceda alguna desgracia. (*Se oye fuera un tambor que redobla algunos instantes.*)

Severo. Dios mio! Qué es eso? alguna señal de los conspiradores. Estamos perdidos. (*Al oir el tambor, doña Ruperta va á levantarse, pero permanece sentada al notar que cesa el redoble.*)

Eugenio. No se apure usted; la puerta está cerrada. (*Los jugadores dan una palmada en la mesa, y el ruido llama la atencion de don Severo, que se pone á escuchar junto á la pared que separa la sala del gabinete.*)

Severo. Esa es la contestacion al redoble. Perico, hijo mio, Perico! (*Despertándolo.*) No oyes?

Perico. Sí señor. Déjeme usted dormir. (*Volviéndose del otro lado.*)

Severo. Voy á escuchar lo que hablan, por si hubiere un medio de salir de este apuro.

Eugenio. No haga usted ruido.

Severo. Padre nuestro, que estás en los cielos...

Carlos. (*En voz muy alta.*) Usted tiene la culpa.

Caballero 1.° Yo no.

Carlos. Usted, que deja pasar al rey sin matarlo. De qué le sirvió á usted la espada? No tenia usted los dos caballos guardados para un caso remoto?

Caballero 2.° Es claro.

Ruperta. Yo misma lo hubiera hecho.

Severo. Dios mio! qué iniquidad!

Eugenio. De qué se trata?

Severo. Estoy temblando. Es cierto todo lo que dicen. Tratan... nada menos que de matar al rey.

Carlos. Está usted convencido?

Caballero 1.° Creí que no era ocasion.

Carlos. Asi perdemos siempre las ocasiones, y no ganaremos nunca.

Caballero 1.° Descuide usted; otra vez no lo dejaré pasar sin matarlo.

Severo. Otra tentativa! Esto ya no puede sufrirse. Quiero salir al instante; quiero dar cuenta á la policía. Asi salvaremos siquiera el pellejo. En dónde me he metido yo, Dios mio!

Eugenio. (*Ap.* Va á echarlo á perder todo.) Pero no ve usted que si tratamos de salir ahora vamos á morir asesinados?

Severo. Y si no, moriremos en un patíbulo! Ah! aqui hay papel y tintero. (*Mirando á la mesa.*)

Eugenio. Qué va usted á hacer?

Severo. (*Sentándose á escribir.*) Nada; déjame. (*Mientras escribe.*) No; primero soy yo... Matar al rey!... eso es infame... asi... asi. Ya está. (*Dobla el papel.*) Dios me ha iluminado. (*Dirigiéndose al balcon, lo abre.*)

Eugenio. Pero dónde va usted?

Severo. Déjame; yo bien sé lo que me hago. (*Asomándose al balcon.*) Di, Gaspar, quién es aquel hombre que está allí con un farol en la mano?

Eugenio. (*Asomándose.*) Es un sereno.

Severo. Pues bien. (*Llamando.*) Hombre del sereno, el del farol, venga usted acá.

Eugenio. Pero qué hace usted?

Severo. Te he dicho que me dejes. (*Hablando con el sereno, á quien echa el papel.*) Oiga usted; ahora mismo lleva usted ese papel al comisario de policía; que no tarde usted; que va en ello la salvacion del rey y de la patria. (*Entra, y cierra el balcon.*) Nos hemos salvado!

Eugenio. (*Ap.* Nos hemos perdido!)

Severo. Voy á escuchar, voy á escuchar, para no perder ni una palabra.

Carlos. Pero hombre, qué le hacia á usted falta?

Caballero 1.° El oro.

Carlos. Y por qué no fue usted á robarlo?

Caballero 1.° Sí fuí, pero ya no habia ninguno en el monte.

Severo. Ladrones tambien!

Caballero 1.° Voy solo.

Severo. Solo! Qué horrible temeridad!

Carlos. Con que solo, eh? Ya se contentará usted con codillo.

Caballero 1.° Tal vez.

Severo. Anda! Ya lo decia yo. Señor, ese nombre... ese nombre... es claro, Codillo... el cábecilla faccioso que tantos estragos hizo en la Mancha. Buena gente!

Eugenio. Pero si es que...

Severo. Calla: déjame escuchar.

Ruperta. Ruego á ustedes que no hablen tan de recio, porque don Severo y su sobrino duermen en la habitacion inmediata, y pueden despertarse.

Severo. Regicidas! Don Severo está por fortuna demasiado alerta.

Carlos. Debiamos hacerlos entrar en nuestra partida.

Severo. Infames! Me creen capaz de ser su cómplice.

Carlos. Mañana debemos llevarlos á dar un paseo á la puerta de Hierro.

Severo. Tratan de encerrarme! No; mañana estaré muy lejos de vosotros. No quiero escuchar mas. Perico, Perico, despierta, levántate!

Perico. No señor. (*Ruido fuera.*)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. TERESA. EL COMISARIO *y* VARIOS SALVAGUARDIAS, *que se quedan fuera de la puerta del fondo.*

Teresa. (*Asustada.*) Señora, aquí está la justicia.
Ruperta. Cómo!
Carlos. Qué es esto?
Comisario. Señora, acabo de recibir esta delacion; (*Dando el papel á doña Ruperta, que luego lo pasa á don Carlos.*) y aunque no le he dado crédito, porque me consta la buena conducta de ustedes, quiero, sin embargo, saber qué ha podido motivarla.
Severo. (*Levantando á Perico.*) Ven conmigo, ven: ya está ahí la justicia: quiero contárselo todo. Gaspar, tú eres testigo. (*Se lleva casi á la fuerza á Eugenio y Perico, y todos entran en la sala.*)
Carlos. No lo comprendo. Estábamos, como usted ve, jugando al tresillo, y...
Severo. (*Arrodillándose ante el Comisario.*) Señor Comisario, señor Comisario, ampare usted á unos inocentes: líbrenos usted de esos caribes.
Carlos. Pero...
Elisa. Dios mio!
Ruperta. Se ha vuelto loco?
Comisario. Levántese usted, y esplíquese.
Severo. (*Levantándose.*) Soy inocente, señor Comisario, soy inocente. Aquí está mi pasaporte, que lo acredita. (*Mostrándolo.*) Soy un vecino honrado de Valdepeñas; he venido engañado á casar á mi sobrino, y me encuentro, sin saber cómo, en medio de un club revolucionario. Es verdad, Perico?
Perico. Sí señor.
Severo. Se trata de matar al rey; tienen caballos guardados para un caso de apuro, y á mí quieren encerrarme en la puerta de Hierro! (*Todos sueltan una carcajada.*)
Comisario. Ya comprendo.
Carlos. El pobre hombre ha escuchado las palabras propias del tresillo, y las ha interpretado á su modo.

*

Severo. No se ria usted, señor Comisario: son efectivamente unos conspiradores.

Comisario. (*A don Severo.*) Hace mucho que está usted en Madrid?

Severo. Hemos venido esta tarde, y nos marcharemos por la mañana, si Dios quiere y usted nos da licencia. Aquí tiene usted á Gaspar, que nos ha visto apearnos. (*Presentándolo.*)

Comisario. Cómo! Gaspar este? Pues no es usted don Eugenio Gonzalez?...

Eugenio. Sí señor; y si ustedes me permiten, lo esplicaré todo. Amo á Elisa; sabia que su madre trataba de casarla con este caballero; (*Presentando á Perico de una manera irónica.*) conocia el miedo exagerado de su tio; trataba de aumentarlo para que se alejara de la corte, cuando un incidente imprevisto ha venido á superar mis deseos. Pido á ustedes que me perdonen, y á doña Ruperta que no ponga obstáculo á nuestra ventura.

Severo. Pues con haber hablado claro hubiéramos acabado mas pronto.

Ruperta. Dios mio! Niña, qué dices?

Elisa. Que yo... tambien le amo.

Ruperta. Qué hacemos, señor don Severo? Qué dice usted?

Severo. Yo? que se casen, y santas pascuas. Es verdad, Perico?

Perico. Sí señor; y ahora me alegro, porque así me casaré con la hija de la tia Melchora, que está mas rolliza.

Ruperta. Pero un hombre á quien no conozco...

Carlos. Señora, yo lo fio, y me encargo desde hoy de sus adelantos.

Eugenio. Tanta bondad!

Elisa. Señor!

Ruperta. En fin, si ustedes se empeñan... no quiero hacer desgraciada á mi hija. Y usted, señor don Severo, tendrá la bondad de acompañarnos?

Severo. No señora. Esta vez me he escapado porque ha sido una broma. No quiero esponerme á las veras. Nada; á nuestro lugar, y cuanto antes. No es verdad, Perico?

Perico. Si señor.
Severo. Qué susto! Estuve en un potro.
Si en aliviarme te empeñas,
público, no me des otro,
que me voy á Valdepeñas.

FIN DE LA COMEDIA.